

TERCER SEMINARIO
LECTURA: PASADO, PRESENTE Y FUTURO

¿Extinción o transfiguración del lector?

ELSA M. RAMIREZ LEYVA
Compiladora



LB1049.95 Seminario Lectura: Pasado, Presente y Futuro (3 : 2008 : México, D.F.)
S45 ¿Extinción o transfiguración del lector?: Memoria del
2008 Tercer Seminario Lectura : pasado, presente y futuro, del 21 al 24 de noviembre de 2005 / comp. Elsa Margarita Ramírez Leyva.- México : UNAM, Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas, 2008.
175 P. - (Sistemas Bibliotecarios de Información y Sociedad)
ISBN: 978-970-32-5458-3

1. Lectura - Congresos I. Ramírez Leyva, Elsa Margarita. comp. II. t. II. ser

Diseño de portada: Mario Ocampo Chávez

Primera Edición 2008
DR © UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Ciudad Universitaria, 04510, México D.F.
Impreso y hecho en México
ISBN: 978-970-32-5458-3

Contenido

PRESENTACIÓN.	1
CONFIGURACIONES Y TRANSFIGURACIONES BIBLIOTECARIAS DEL LECTOR EN LA MODERNIDAD.	17
Didier Álvarez Zapata	
LA LECTURA EN EL HORIZONTE DE LA COMUNIDAD.	37
Héctor Guillermo Alfaro López	
LEER PARA VIVIR EN TIEMPOS DE INCERTIDUMBRE.	53
Michèle Petit	
EXTINCIÓN Y TRANSFIGURACIÓN DEL LECTOR.	79
Elsa M. Ramírez Leyva	
MANDATOS DE LECTURA PARA ADOLESCENTES Y JÓVENES.	111
Juan Domingo Argüelles	
LAS VARIACIONES DEL MEDIO IMPRESO Y EN LÍNEA EN LOS MODOS DE APRENDER.	127
Carmen Patricia de Aguinaga Vázquez	
EL LIBRO, ¿UNA IDEOLOGÍA DE LA INFORMACIÓN?.	153
Margarita Palacios Sierra	
“ENTRE MÁS CAMBIAN LAS COSAS, MÁS SIGUEN IGUAL”: LA LECTURA Y EL PANORAMA GENERAL DE LOS MEDIOS MASIVOS DE COMUNICACIÓN DEL SIGLO XXI.	161
Klaus Schönbach	
QUE SE MUERAN LOS LIBROS. UNA MIRADA CRÍTICA A UN MUNDO DE LECTURAS VIRTUALES	169
Rodolfo Castro	
TAL VEZ SOÑAR.	183
Emilia Gallego Alfonso	

Tal vez soñar

EMILIA GALLEGO ALFONSO
Comité Cubano de IBBY

*No seas ladrón.
No seas mentiroso.
No seas flojo.
No seas servil.*

Pilares del pensamiento aimara.

Si se observa con atención el panorama del pensamiento filosófico que nos ha antecedido y se proyecta hasta hoy, por la fuerza de las evidencias que la sustentan y la hacen tangible, en el mismo se encuentran muy pocas aseveraciones tan difíciles de rebatir como aquella que Marx enunciara en la segunda mitad del siglo XIX acerca de que las ideas dominantes de una época son, fundamentalmente, las ideas que posee la clase que domina a la sociedad en el referido tiempo histórico.

Puede que no nos percatemos de ese dominio o que, por el contrario, éste se perciba y detecte con claridad o que, aún reconociéndolo, se acepte o se niegue su existencia, pero ninguna de las posiciones que se asuman ante el hecho disminuye la inusitada fuerza y la intensidad con la cual dicho dominio incide sobre todos. De la misma forma que el desconocimiento de la ley no exime de la responsabilidad de su cumplimiento, ignorar quién, qué o cómo se nos domina, no nos exime del peso de la dominación.

¿Extinción o transfiguración del lector?

Así el hombre moderno se liberó del clan, del gremio, de la aldea, del amparo de la fábrica pequeña donde su miseria se debatía en la espera de la piedad del dueño: un pequeño aumento, un plus por Navidad. Inútil espera, pero humana en la medida que el posible benefactor estaba ante él de carne y hueso y, por tanto, susceptible de ser generoso. Perdimos todo eso y ganamos la ilusión de erigirnos en constructores de nuestro propio destino.

En realidad lo que sucedió, es que se sustituyeron las autoridades evidentes y claramente oscuras que detentaban el poder hasta los albores del siglo XX, por otras menos evidentes y oscuramente claras. Y hoy, mientras creemos saber lo que sucede en el mundo y en nuestro entorno cercano y pensamos que saber es ya una posibilidad de incidir en ellos, en realidad la seudoinformación que nos comprime, nos escamotea continuamente hasta eso que podría definirse como actualidad.

Aunque todo parece indicar que sí, que se vive en la *sociedad de la información* y que el mundo ha alcanzado insospechados niveles de *civilización*, sus desniveles son también tanto o más abismales. Como corolario, la barbarie en que vivieron nuestros *incivilizados antepasados*, solo puede ser vista hoy, como una historia de torpe comicidad, con la cual nadie inteligente se ríe.

La verdadera cara de la *civilización* contemporánea, que además se presenta como global y de ahí su sentido falazmente democrático y su carácter virtual para más de las cuatro quintas partes de los habitantes del planeta, tiene su reverso. En ese reverso, la humanidad se contempla a sí misma, como una especie sui géneris cuyo atributo más significativo es, a duras penas, sobrevivir en un cada día más precario y dantesco equilibrio profundamente letal.

Cuando ante nuestros ojos desfilan los cadáveres extraídos de las ruinas que ha dejado un bombardeo, los funerales de un mandatario relevante, o la entrega de los premios Oscar —obnubilados por la aparente verosimilitud de lo que se contempla—, apenas podemos sorprendernos o sospechar que no se está en presencia de realidad alguna sino del discurso que la enuncia y del poder que la acomoda y nos hace verla según conviene a sus intereses.

Dicho poder construye, modela, conforma e impone por todos los medios a su alcance, que siempre son muchos cuando no todos, la

ideología y en, con y por ella, a la ética. Hoy, el ser, nuestra conciencia de lo que somos, como nunca antes se debate en una carrera agobiante y devastadora hacia el *deber ser*. En lo que queremos y creemos que podemos alcanzar nos reconocemos y al asumir ese afán como una meta posible, nos ponemos en marcha hacia el encuentro de un destino verdaderamente humano, pero saturados como estamos por niveles de información que le sustraen y revierten a la ética de nuestras aspiraciones cualquier sentido de legitimidad, un *ideal* de semejante vuelo nos resulta inconquistable.

No hay que llamarse a engaños. Aún allí, en la intimidad de nuestra familia que de buena fe sentimos como un refugio seguro e inviolable, en la aparentemente inofensiva presencia de un anuncio televisivo, fuerzas que no vemos, no palpamos, ni responden a nuestro control, nos susurran la marca del dentífrico que debemos usar, la especie y la raza de la mascota que es elegante exhibir y hasta el peso corporal de la pareja que es conveniente agenciarse. En esas sugerencias apenas perceptibles, se esfuman nuestros verdaderos intereses, necesidades y deseos, se nos escamotea nuestra voluntad y se nos impone una moralidad ajena que poco a poco vamos aceptando e interiorizando como válida y propia.

Harto conocidos son los diversos y múltiples factores que han intervenido y catalizado esta insostenible situación actual. Por la estrecha intervencionalidad que manifiestan con la existencia y ritmo de los movimientos sociales y políticos, de cualquier marca o en cualquier estadio, como con las explosiones científico-tecnológicas que se suceden, bastaría para exponer un ejemplo, con mencionar aquellos factores relacionados con la información, el conocimiento y algún saber, imprescindibles tanto para producir, distribuir o consumir, como para oprimir, liberar, sobrevivir o desaparecer.

Tanto el pensamiento del poder político, como el pensamiento del poder científico-tecnológico, necesitan extenderse y para hacerlo requieren, por lo menos, ser leídos, si no masivamente sí, por lo menos, de manera mayoritaria, y los afanes que de manera marcadamente general han signado estos procesos de pensamiento dominantes, desde el pasado siglo hasta aquí, pasan, lógica y necesariamente, por la necesidad de alfabetización de las grandes masas y de las consiguientes

¿Extinción o transfiguración del lector?

transformaciones educacionales que demandan la instauración y el sostenimiento de ambos pensamientos, muy presionados a su vez por sus propios requerimientos internos y por la similarmente obsesiva compulsión del entorno.

Se trata de una carrera de alta tensión y desgaste que cada vez más descansa en una paradoja, en cuyo centro, el ser social cree, ingenuamente, primero que es ser, segundo que es social y que como tal tenemos un lugar y un sentido en la sociedad. Para después creer que lee, que conoce, que piensa, que sabe y que, en consecuencia, se construye y realiza y actúa por sí mismo.

Sin embargo, este pensar por sí mismos, este creernos que las posiciones que adoptamos se deben necesariamente a un pensamiento reflexivo, crítico y autóctono, ya se sabe —desde 1882, cuando José Martí, el cubano universal, alertó al respecto— que son muy susceptibles de ponerse en duda:

El hombre apenas entra en el goce de la razón que desde su cuna le oscurecen, tiene que deshacerse para entrar verdaderamente en sí [...] No bien nace, ya están en pie, junto a su cuna con grandes y fuertes vendas preparadas en las manos, las filosofías, las religiones, las pasiones de los padres, los sistemas políticos. Y lo atan; y lo enfajan; y el hombre es ya, por toda su vida en la tierra, un caballo embridado. Así es la tierra ahora una vasta morada de enmascarados.¹

Las disímiles maneras en que las filosofías, las religiones, los sistemas políticos y cualquier otra forma de la conciencia social, integradoras por derecho propio de la cultura dominante de una época o sociedad dada inciden sobre el individuo, cambian y lo hacen en la misma medida e intensidad que las condiciones históricas y concretas en que esa conciencia social y la cultura dominante se desenvuelven.

Si José Martí llevaba razón y si, además, convenimos en que las formas de la conciencia social a las cuales él hacía referencia, sumadas a otras muchas que en su época no señaló pero de cuya existencia hoy nadie duda, lejos de dejar de ejercer su dominio sobre los individuos

1 José Martí: *Obras Completas*, Editora Nacional de Cuba, La Habana, 1963

lo han intensificado, variando hasta alcanzar niveles sin precedentes de distorsión y manipulación de los seres humanos, solo sus modos de hacerlo, más no su naturaleza, hay que convenir entonces también en que la tierra es hoy, aún más, *una vasta morada de enmascarados*.

Una sutil pero no por ello fundamental diferencia ha venido caracterizando, desde la última mitad del siglo pasado, este proceso de enmascaramiento del ciudadano. Al principio, ante la intensa presión que la cultura dominante ejercía sobre él, el individuo quizás dudó de la certeza y la utilidad de tanta creencia, normativa o hasta conocimiento que se le presentaba, desde el instante mismo de su nacimiento, como necesario, justo y cabal para su desarrollo e inserción social.

Después, quizás supo que tales verdades y deberes no lo eran tanto, pero los reconoció imprescindibles para su supervivencia. Después de todo, soy un ser social, se dijo y si esto que aprendo es lo establecido por mi sociedad, debo dominarlo para poder vivir en ella. Es, en ese momento que comienza en sí el proceso de enmascaramiento. Aunque más que enmascararse por sí mismo, lo que sucede en realidad es que se deja enmascarar.

El individuo sabe lo que está sucediendo y, aunque se desgarrar, hasta cierto punto lo justifica. Pero el juego es en extremo peligroso y en él lleva todas las de perder. Porque, al mismo tiempo que la máscara va sustituyendo en todos los planos de su vida el rostro de su verdadera identidad, el individuo va perdiendo la conciencia de la sustitución y con ella la de la máscara en sí y con ambas la certeza de quién es en realidad.

La fuerza que ha ejercido sobre él este hábito maligno lo ha llevado a perderse de sí mismo. Ahora se mira en el espejo y solo ve la máscara y en ella se desconoce. Detrás ni tan siquiera lo contempla un extraño. Sólo el vacío y un vago recuerdo de los mecanismos que otrora reconocía y que paulatinamente lo conminaron a embriarse y a encubrirse.

Estos mecanismos proclives a crear condiciones idóneas cuando no a desarrollar formas de enajenación individual y colectiva, se han ido perfeccionando y para hacerlo debieron primero intervincularse, cederse mutuamente espacios, difuminar sus fronteras, crear lugares de influencia comunes en su propósito de propiciar que el individuo

¿Extinción o transfiguración del lector?

se enmascare. Para lograrlo ellos también debieron hacerlo porque tales mecanismos son, por naturaleza, encubiertos.

Sin embargo, hoy algunos de ellos son perfectamente identificables. No sin razón, como argumenta Alberto Moncada, la educación, la información y el entretenimiento han devenido tres grandes industrias contemporáneas en expansión sistemática y creciente.²

La primera (la educación) porque la escolarización empieza cada vez más temprano en la vida de las personas y se prolonga por más tiempo. A ello se une esa reconversión de habilidades que todos necesitan una o varias veces en su biografía personal.

La información es la materia prima de la economía contemporánea. Sin información no funcionan las máquinas, ni los sistemas. La información es la base de cualquier estrategia política o mercantil. Conseguir información relevante forma parte de la condición ciudadana.

El entretenimiento es la actividad colectiva que más ha crecido en los últimos veinticinco años, habiendo superado a las armas como cifra de exportación de la economía norteamericana que hoy posee su monopolio a nivel mundial. La industria del entretenimiento, en sus diversas manifestaciones, pero fundamentalmente el sector de la televisión, subraya hoy el índice de vida de los países y de las personas.

Las tres industrias poseen un alto grado de innovación tecnológica, lo que las convierte en un plato muy apetecible para las grandes corporaciones. Baste saber que las cien familias más ricas del mundo poseen fuertes inversiones en estos negocios y no existe grupo financiero que no participe directamente con jugosas inversiones en las áreas de la información y el entretenimiento e indirectamente en la educación, a través del negocio editorial, por ejemplo.

Todas, como afirma el citado estudio español,

están recorridas por oligopolios de diversos perfiles y son susceptibles de las más variadas manipulaciones, y la principal convergencia, entre los tres sectores es su paulatina transformación en un sistema global de información y entretenimiento...

2 Alberto Moncada: *Manipulación mediática: educar, informar o entretener*. Ediciones Libertarias, 2000.

De profunda connotación ideológica, lo que sucede convierte en juego de párvulos el afán de hegemonía por el control del pensamiento que caracterizó, en épocas pasadas, a la vieja contienda entre la Iglesia y el Estado.

Resulta extraordinariamente curioso y digno de reflexión el hecho de que la lectura, en sí misma, combina estas tres esencias que en la actualidad caracterizan la atmósfera natural del ciudadano: leer educa, informa y entretiene.

Hoy, cualquier objetivo de ilustración masiva transita por la imperiosa necesidad de que más personas accedan a la lectura de un texto escrito, mientras que errónea y peligrosamente se insiste en dar por sentado que el resto de las lecturas, las de los sonidos e imágenes, por ejemplo, se dan en el individuo natural y espontáneamente y, en consecuencia se considera inoperante, por innecesario para su cabal dominio, cualquier tipo de entrenamiento o instrucción al respecto.

Las campañas de alfabetización, las transformaciones educacionales que a ellas deben suceder, los movimientos de promoción, animación y estímulo del interés, el hábito o el gusto por la lectura de un texto escrito, son las que siguen centrando la atención de la sociedad y cuando se habla de estas actividades se presupone que es de enseñar a leer, a interesarse, a habituarse y a gustar de ese tipo específico de textos, de lo que se trata.

Lo primero sería, entonces, precisar que la cultura, en el mundo de hoy, es un innegable asunto de lectura, es decir, de comprensión activa de los múltiples subsistemas de signos que garantizan el funcionamiento dinámico de la propia cultura en sí misma, la cual, en su esencia, es un microsistema de comunicación humana.

La cultura, pues, no se reduce a lectura, pero la lectura es un componente de gran importancia en las culturas contemporáneas. Considerar la lectura como eje fundamental de la cultura significa, en este orden de cosas, tener una comprensión más clara de la cultura contemporánea como microsistema de comunicación en el cual el subsistema de la comunicación por la vía de los textos escritos es de primordial importancia.

En un sentido más amplio, si se acepta con la Semiótica que la interpretación de la cultura no es otra cosa que un ejercicio de lectura

¿Extinción o transfiguración del lector?

en su más amplio sentido, que va más allá de la simple lectura lingüística, para proyectarse a la comprensión de todos los signos de la vida social, entonces la lectura se identifica con la comprensión, transmisión, remodelación y desarrollo de la cultura, pues sólo a través de la comprensión de los mensajes culturales se pueden realizar las funciones básicas para la existencia de las sociedades.

No por olvido de las restantes, sino por la fuerza y el apoyo de que han gozado en la atención de las campañas promocionales, la lectura como hábito y la lectura como placer, se presentan como las principales identificaciones de lectura que sustentándose cada una en un cuerpo de argumentos con perfiles más o menos definidos, han aglutinado dicha atención en los últimos años.

Como el peligro que la propugnación de la lectura como hábito va perdiendo, paulatinamente, espacio y credibilidad y hasta los propulsores del máquetin dejan ya de verla como un motor significativo del consumo y la demanda, centremos nuestra atención en la lectura como placer.

Convocada como una contrapartida imprescindible del autoritarismo institucional y del consiguiente deterioro de una práctica escolar cada vez más desconectada del verdadero sentido de los actos del aprendizaje al propugnar la instauración de un sentir fluido, libre y plácido de los pulsos hedonísticos de cada lector, la lectura como placer se ha convertido, quizás sin saberlo, en un arma filosa que atenta, peligrosamente, contra la idea de un lector verdaderamente inteligente y de una acción lectora que involucre, en sus aspectos más humanamente comprometidos, lo vivencial y lo enriquezca y potencia.

Mientras en la escuela la lectura reclama, con métodos acertados o no, una intervención consciente del pensamiento del que aprende y se entrena en su competencia, fuera de la escuela se sugieren lecturas que provocan placeres que pueden alcanzarse sin el esfuerzo intelectual que la “otra” lectura necesita.

De esta forma, la lectura de un texto, sea cual sea su soporte, que reclama pensar, reflexionar y, por qué no, sufrir, violentarse o sentirse, sencillamente, inquieto, que requiere esfuerzo, tiempo, dedicación y que, por añadidura, puede exacerbar los niveles de ansiedad o angustia, queda, por inercia, fuera de la concepción de una lectura

light, propiciadora, por elemental derivación, de sentimientos también *ligeros*.

Un poco para contrarrestar el conjuro milagroso de *Harry Potter*, convertido para muchos, en los últimos tiempos, en el *ábrete sésamo* de los férreos linderos entre la literatura para adultos y la *otra* y a cuyo toque, la lectura parece haberse despertado de un malévolo sueño, no estaría mal que se utilizara el creativo método de aquel marqués que, a punto de ahogarse en el fango de un pantano, no encontró manera mejor para salvarse que tirar de sí mismo por los pelos de su cabeza y salir a flote. Después de todo, una idea creativa descansa en el dominio intuitivo de la magia de las relaciones.

Si se observa atentamente y se escucha el rumor de esta magia y se piensa reflexivamente en la vida como un todo, esta se define como un proceso, como un conjunto que integra momentos cuantitativa y cualitativamente diferenciados que se impulsan hacia la obtención de un fin y en cuya complejidad intervienen y se destacan siempre dos factores que se influyen recíprocamente y que son: el propio mecanismo del sistema que procesa y lo procesado.

Esta definición es válida para cualquiera de las formas de existencia conocidas y, en consecuencia también para la vida del ser humano tanto en lo físico y lo afectivo como en lo mental. También lo es para la lectura.

La utilidad e importancia que posee considerar que leer es un proceso, es vital y adquiere relevancia cuando se analiza cómo las prácticas pedagógica y social entienden el fin último de la lectura. De dicho análisis se desprende que es el *cómo* se asimila el texto: calidad y competencia lectoras, el *qué* se asimila del texto: información, conocimientos, experiencias y el *gusto* o el *entretenimiento* que provocan, lo que dichas prácticas consideran, reconocen y valoran como utilidad y razón de ser de la lectura.

Aunque, teóricamente, cuando se habla de lectura siempre esta aparece asociada a su *para qué*, en la realidad, esta zona terminal del proceso lector, se enuncia pero, a la vez, se evade, quedando fuera del sistema y del proceso que, en última instancia, inspira, determina, define y justifica.

Quizás en esta omisión se encuentre parte de la clave, un atisbo del porqué resulta inoperante relacionar la lectura con algún bien individual o social como no sea el hacerlo con beneficios abstractos que

¿Extinción o transfiguración del lector?

en mucho parecen consignas y que no es posible seguirlos, cuantificarlos o valorarlos de manera objetiva.

Así nunca se sabe cómo es que saber leer resulta imprescindible para la formación de un ciudadano cabal; ni tampoco cómo es de inmensa e inigualable la felicidad que provoca la lectura y menos aún, cuán imprescindible resulta leer para estar bien informado o tener una desarrollada y poderosa imaginación.

Colocada en una situación límite semejante a la del marqués de la historia, la lectura, al tirar de sí misma y descubrirse como proceso y como tal participar, en esencia, de eventos y momentos físicos, emotivos y mentales significativos e inseparables, los ve, como nadie, bien delimitados y, a la vez, íntimamente relacionados: las tres partes del cerebro, bien definidas y que, de abajo hacia arriba, son: el tallo encefálico que regula las funciones vitales básicas, el sistema límbico que regula las emociones; y el cortex y neocortex que nos proporciona la capacidad de memorizar y pensar respectivamente. Y, entonces, ve también que, como cualquier otro, el proceso lector se *alimenta*.

Ese alimento es el texto, lo que se lee o, lo que es lo mismo, el contenido, el objeto del procesamiento, lo que se procesa. Es esto lo que se decodifica, se conoce en cuanto lectura, se interpreta en cuanto a sus múltiples sugerencias y connotaciones, se le encuentra el sentido, a partir del propio, sin olvidar el común. Es lo que entretiene y se disfruta con menor o mayor fruición.

Es así como el texto escogido, devenido lectura, recorre los múltiples vericuetos de los sistemas físicos, mentales y emotivos. Y es así también que, en ese y por ese recorrido, el sujeto lector como un todo, va incorporando, según la cualidad y naturaleza de su propio sistema procesador y según la cualidad y naturaleza del contenido del proceso, cada uno de los momentos y de los estadios que caracterizan, condicionan y conforman, el nivel de asimilación de los *nutrientes* del texto. El contenido que se procesa, lo procesado, influye determinantemente en las características del proceso en sí, perfeccionándolo y haciéndolo cualitativamente más productivo o, por el contrario, deteriorándolo hasta obligarlo a invertir su signo y dirección naturales.

El proceso lector debe colocar y lo hace en estado de máxima tensión los sutiles mecanismos que deben intervenir en el análisis de un

texto de Eco, en las síntesis inevitables de las metáforas de Rilke, en la elaboración de nuevos juicios o en la reelaboración de otros que devienen obsoletos después de la lectura de *A sangre fría*; mientras debe relajarse, lo cual lo debilita, cuando encara ideas preconcebidas, informaciones manipuladas y el escamoteo de secuencias lógicas, significativas o trabajosas, subversivas por sugerentes.

Sometidos a la elaboración sistemática de textos insustanciales, los factores de altísima sensibilidad y complejidad que están diseñados para intervenir en el proceso lector, perderán estas peculiares características, primero, porque no las necesitan dada la baja calidad de la materia que deben asimilar y, segundo, porque no existe en la naturaleza conocida ningún proceso que desperdicie ni momentos, ni energías. El de la lectura tampoco. No hay duda, a textos insustanciales, poco productivos, si somos consecuentes, deben corresponderle procesos lectores también insustanciales y poco productivos y lectores de idéntica condición.

Cuando desconocemos esta realidad, estamos negando la naturaleza misma de todo proceso, la definición misma de lectura y burlándonos hasta de nosotros mismos y del esfuerzo del marqués de la historia, porque ante la aplastante evidencia de lo que ocurre, resulta inoperante su drástica medida.

Muchas veces, en el afán de respetar los derechos de todos y todos los derechos, hasta el que se tiene de leer malo, se suele ser parco y no decir exactamente lo que se sabe o por lo menos lo que creemos que sabemos al respecto de lo que nos ocupa. En realidad se trata de un encubrimiento, de una elusión de nuestra responsabilidad.

Empecemos, pues, por quitarnos la máscara.

Si asumimos una posición realmente comprometida y analizamos con coherencia científica el dilema que se nos presenta, se infiere que el proceso lector, por serlo, es también un sistema, un todo infragmentable, sujeto a leyes. Pero, sabríamos también que ello no es un obstáculo para que, al conocer las funciones que caracterizan a cada uno de los subsistemas que conforman el sistema lector, sus momentos de mayor actividad y los objetivos de los mismos, se pueda y se deba —y ya no dando palos de ciego, sino con plena y documentada visión de lo que hay que hacer, por qué y cómo— intervenir, seleccionado aquel factor

¿Extinción o transfiguración del lector?

y momento del proceso más proclive a convertirse en dinamizador o detonante de otro factor del proceso o de todo el proceso en cuestión.

Pero, para ello, es necesario conocer muy bien cuál es el objetivo del sistema en sí y cuál la conciencia que del mismo tiene el sujeto que procesa, esto es por qué y para qué considera este sujeto que debe leer.

Siendo el pensamiento, el factor del sistema que se inquieta, indaga, pregunta, el que necesita conocer por razones de sobrevivencia —si no lo hace, parece como sistema— es inadmisibles, por ejemplo, que continuemos proporcionando o recomendando un libro que no propicie o satisfaga esas ansiedades o tan siquiera las atenúe, a menos que nuestro propósito encubierto sea el suicidio del proceso.

La inteligencia y todos los mecanismos de la mente, de la voluntad y de los sentimientos progresan y se afinan en la medida en que son empleados. La capacidad para procesar, almacenar y emplear creativamente el conocimiento, la facultad de discriminar, el privilegio de alegrarse o sufrir, la tensión que provoca elegir y actuar en consecuencia, se aprenden y dependen del grado en que el sujeto logre decodificar, registrar y recuperar información significativa pertinente, bien sea de los objetos o de los otros individuos y de la medida en que sienta, decida, enjuicie y valore la significación de esa pertinencia.

Y si cualquier información significativa para el ser humano procede, o de sus interacciones con los objetos, o de las interacciones con sus semejantes, no es difícil inferir que si el sujeto interactúa con elementos cada vez más exigentes, sus procesos intelectuales, emotivos, volitivos y valorativos resultarán favorecidos, pero si se desvirtúan o no se favorecen esas posibilidades, una tenaz miopía se apodera del individuo y éste se desplaza en busca de las respuestas que lo atañan con una desorientación similar a la del insomne rastreador de *La carta robada* de Edgar Allan Poe. Dicho en el refranero de nuestros abuelos: “estamos como pescados en tarima: con los ojos abiertos y sin ver nada”.

Sin olvidar a Martí, recordemos un tanto más recientemente a Erich From:

Desde los comienzos mismos de la educación, el pensamiento original es desaprobado, llenándose la cabeza la gente con pensamientos hechos. Cómo se logra esto con los niños pequeños, es cosa muy fácil de observar. Llenos de curiosidad acerca del mundo, quieren asirlo física e intelectualmente. Se hallan deseosos de conocer la verdad, puesto que esa es la manera más segura para orientarse en un mundo extraño y poderoso. Pero no se les toma en serio (...). Si bien este trato ya desalienta profundamente de por sí el pensamiento independiente, hay también una dificultad mayor: la insinceridad —a menudo no intencionada— tan típica de la conducta del adulto medio hacia el niño. Tal falta de sinceridad se manifiesta en parte en esa imagen ficticia del mundo que los pequeños reciben de los mayores.³

Entonces, como solo el que esté libre de la infancia puede lanzar la primera piedra, conviene estar alertas porque quién sabe en cuánto, desde que nacemos, nos estamos acercando imperceptiblemente, sin conciencia alguna del hecho, al “analfabeto ilustrado” que señala Enzenberger. El mismo que lee para consumir información o para responder eficientemente a las orientaciones de los manuales y los reglamentos; el experto en la redacción de comunicados que entretiene sus pocos ratos de ocio hojeando revistas ligeras o repasando imágenes y que, si de *literatura* se trata, está al tanto de los últimos best sellers con los cuales se conmueve hasta el delirio, mientras quizás observe impávido, al igual que tantos lectores ideales o espectadores atentos del filme *Hotel Rwanda*, como desfilan ante la pantalla de su televisor los cadáveres destrozados, por las bombas o el hambre, de niños palestinos, iraquíes, haitianos, judíos, senegaleses...

Este lector unidimensional como lo define Marcuse, pobre, mediocre, que quíerese o no alguna deuda debe tener con las campañas de alfabetización y de promoción de lectura sustentadas, en considerable medida, en la vieja postura que pensaba a la lectura escindida en dos procesos perfectamente separados y secuenciales: adquisición y comprensión, es el protagonista de los sucesos más sobresalientes del mundo del máquetin y ese liderazgo no es despreciable porque, donde él

3 Erich From: *El miedo a la libertad*, Paidós, Buenos Aires, 1965

¿Extinción o transfiguración del lector?

irrumpe rubricando con sus compras masivas millones de ejemplares, no queda espacio para la reflexión mesurada o la ponderación crítica ni del texto, ni de la faena de la lectura. Cifras millonarias, son cifras millonarias y una sola de ellas es más elocuente y convincente que cualquier opinión *autorizada* que se atreva a discutirles su legitimidad. De hecho muy pocas voces lo hacen.

Por ello, a pesar de que nuestras nociones de lectura se enriquecen, de que la conciencia de la importancia de la lectura crece y aumentan los círculos de su apoyo y sustentación, cabría preguntarse si ese enriquecimiento conceptual, si ese crecimiento de la conciencia y si ese aumento de apoyo y sustento, encuentran similar respuesta en los individuos no lectores, en los lectores potenciales y si estos, conminados por la presión, se deciden a leer o reivindicarse y *leer bueno*. O, lo que es lo mismo, si las argumentaciones cada vez más depuradas y sólidas que se esgrimen a favor de los beneficios, ventajas y bondades de la lectura logran su objetivo que no es otro que ganar adeptos, por no decir que hacer adictos.

Se trata de un dilema de valores y, por extensión, de un problema cultural y como tal debe enfrentarse. Nuestra cultura contemporánea está en grave riesgo, porque al simplificar los dilemas que la nutren, se va discapacitando a sí misma para valorarlos, es decir, para darles el sentido y el lugar que les corresponden.

Así, por ejemplo, cuando el individuo afirma que tiene un gusto definido y personal y lo defiende, cree que está defendiendo con ello, su libertad e independencia y olvida o desconoce que en el gusto priman más elementos espontáneos y emocionales que volitivos y que puede estar expresando una carencia de criterio personal y no un ejercicio de independencia. No es casual que la moda organice el gusto, muchas veces entrópico y, una vez sistematizado este, proceda a uniformarlo y a hacerlo depender de sus dictámenes.

En el contexto cultural actual se ha propiciado que el concepto y la manifestación del gusto, un gusto prefabricado que se disemina e impone según los intereses de los oligopolios, se solape tras la masividad de las encuestas y logre ocupar el lugar del juicio.

No estamos en medio de una crisis de valores culturales sino en presencia de un proceso acelerado de desvalorización del propio concepto

del valor y por ende de nuestra conciencia y sentido de humanidad como Humanidad. Ello no es casual sino necesario a los objetivos de globalización neoliberal que a nivel mundial se propone privarnos de nuestra identidad.

Siendo el gusto una expresión empírica, poco elaborada de nuestra personalidad, al ocupar el lugar del juicio, este va perdiendo razón de ser y pertinencia. Cuando es el gusto quien aparece en su lugar, lo recibido acríticamente, lo impuesto por la repetición de los medios de difusión masiva es lo que se impone como valor. El valor entonces, pierde su facultad analítica y discriminadora y su poder de tasación y medida. Así, lo mediocre deviene bueno y lo bueno siempre es agradable.

Con la tergiversación o la ausencia de una conciencia valorativa que se expresa siempre en la ausencia de verdaderos juicios de valor y de los consiguientes procesos cognoscitivos, emocionales y volitivos que en todo juicio intervienen, el ser humano renuncia, sin saberlo, a la conciencia de sus fines como especie inteligente, sensible y creadora y a la certeza de que en los ideales que mueven sus acciones conviven, indisolublemente unidos, no solo elementos del conocimiento de lo real, es decir, de los infinitos aspectos objetivos de su entorno y de sí mismo, sino también de aquellos aspectos que reflejan sus propias necesidades, aspiraciones e ideales humanistas, así como de las conclusiones que de esta integración dialéctica se desprenden y que devienen valoración tanto de lo evaluado como del sujeto que realiza la acción.

La cultura es un sistema de valores y la lectura comparte esta esencia medular. La lectura es un valor y un instrumento de valoración porque un texto, cualquiera que sea el lugar que ocupe en el rango de su polaridad posible, es un potenciador de sentido. Y ¿qué es el sentido sino el valor que ese texto cultural tiene, en determinado contexto y tiempo históricos para un sujeto también histórica y culturalmente determinado?

El hecho de que el sujeto lector y sobre todo el más incipiente o novato pueda contar con la sugerencia de un texto que lo oriente hacia las respuestas que ansía encontrar, puede contribuir a motivarlo, a tensar su voluntad y a animarlo a continuar leyendo el texto sugerido, a cuyo término, las respuestas que pueda encontrar incidirán en la

¿Extinción o transfiguración del lector?

modelación de sus emociones. A la vez, en la dialéctica misma del proceso, podrá ir construyendo los correspondientes juicios que desemboquen en el hallazgo del sentido y con él de los valores que a través de dicho proceso se instauran.

Sigamos, entonces, despojándonos de la máscara.

Ante el susto que nos provoca el ser tildados de didácticos o defensores de moralejas o de políticamente correctos a ultranza, nos hemos pasado al otro extremo, al de desentendernos de una responsabilidad social y cultural que nos toca muy de cerca porque el sentido, el valor de un texto se construye y, aunque el resultado de esa edificación pertenece a quien lo funda, como producto social y cultural lo compartimos todos y en todos se realiza en un reciclamiento constante que es dinámica, vida y razón de todo sistema cultural y, por consiguiente, de nosotros mismos.

De lo que se trata no es tampoco, como siempre se piensa cuando se rozan estas posiciones, de limitar el universo de textos posibles de lectura. Con el señalamiento de las cualidades de un texto y de su pertinencia para el lector y si es joven aún más por ser más vulnerable, no lograremos, necesariamente, que ese lector menos capaz de valorar por sí mismo debido a su corta experiencia vital y/o cultural rechace éste o aquel texto, pero sí lograremos que no se adentre en sus predios en un estado de total indefensión. Al estar más consciente del peligro de imbecilización que lo amenaza, estará también más protegido y de esta forma disminuirán ostensiblemente sus niveles de vulnerabilidad.

Por ello, ¡al toro, por los cuernos! En la literatura para niños, por citar un ejemplo, proliferan los animales parlantes pero los pequeños lectores saben que no hablan, más no por ello, tanto los niños como los adultos, estamos menos interesados en lo que dicen. Por ello, un texto no tiene que responder, ni tan siquiera inquietar, acerca de posibles respuestas con el objetivo de incitar a su búsqueda por cuenta propia, sino que puede limitarse, y no es pobre su propósito, a insinuar que no siempre el conocimiento es respuesta, sino que también es certeza de las infinitas interrogantes que nos rodean. El problema es de sentido de la medida, que es también un valor. Después de todo, es la inteligencia la que busca, la voluntad quien llega y el corazón quien encuentra.

Entonces, tal vez soñar sería, el pretender que intentemos hacer un simple movimiento hacia el encuentro de las verdades que ya pensaron nuestros ancestros y que no por sencillas y conocidas son más respetadas, pero merece la pena soñar tal sueño. El sentido, el valor de la lectura, el valor de cualquier texto conocido o por conocer, escrito o por escribir, es el ínfimo fragmento de verdad que encierra para mí, de esa verdad que me es necesaria para redimirme de las escamoteadas por cada una de las máscaras que me fueron impuestas. Ese mínimo aliento de verdad bastará para despertar mis sentidos y alertar mi conciencia. Un leve arañazo en la máscara y seré más vulnerable pero también más plena.

La lectura de un texto oportuno no cambiará el sentido de mi vida, pero sí el valor de un instante, precisamente de aquel en el cual apreso el sentido del verso infinito de Rilke que advierte, para que nadie se llame a engaños, que *todo ángel es terrible*, mientras me sobrecoje la certeza de que lo terrible subyace en lo angélico y que el deseo de compartir el aleteo del ángel significa, inevitablemente, respirar el aliento del demonio. Pero, después del todo, bien vale la pena correr el riesgo y rubricar así, con nuestra conducta más que con nuestras palabras, el respeto que tantas veces afirmamos sentir por el saber popular: al amigo cerca; al enemigo más cerca todavía.

Porque, si es cierto que un texto sabe algo y me lo dice y yo lo escucho y le encuentro el sentido y le doy un valor, estoy más cerca y más capacitada para ser dueña de mis pensamientos, de mi voluntad y de mis emociones. De mí misma en cuanto a sujeto: única e irrepetible en la diversidad de mi entorno y de mi cultura. Y también más próxima al lector, consciente y crítico, capaz de nutrir la fuente que Noam Chomsky reclama en su libro *Hegemonía y sobrevivencia* cuando afirma que estamos hoy en presencia de dos superpotencias que habrán de disputarse los afanes del mundo. Una, la innumerable que realiza guerras preventivas en cualquier lugar oscuro y apartado del planeta y para imponer su punto de vista, su sentido de la vida, arrasa indiscriminadamente villas y haciendas con sus indefensos pobladores dentro porque tienen un sentido de la vida distinto al de los invasores y eso marca toda la diferencia. La otra, que anuncia como naciente, es la opinión pública.

¿Extinción o transfiguración del lector?

No es despreciable lo mucho que la lectura pudiera colaborar en la urgencia del parto, formación y consolidación de dicha opinión, porque resulta difícil imaginarla sin la existencia de un ciudadano lector, lúcido y dueño de su ser, conocedor reflexivo de su *deber ser* y capaz de forjarse un *ideal* de vida verdaderamente humano.

Un ciudadano lector que ya no podrá seguir aceptando pasivamente ser masa que se lleva y que se trae según el arbitrio del poder de quienes hoy la diversionan, confunden y manipulan a su antojo, sino ciudadano constructor de su propia opinión y por ello artífice de un criterio y saber públicos, sólo tangibles y productivos cuando se forjan con y en el respeto y certeza de la opinión de cada uno, hasta de aquellos más olvidados e infelices, como soñara Martí. Libertad real y verdadera, no demagógica, oportunista y falaz.

Y pensar que la posibilidad de tal sueño puede comenzar a realizarse con la aprehensión certera de un texto, de un libro, de las palabras, cuya magia es capaz de potenciar al máximo la facultad de descubrir la verdad, de nombrar el hecho revelado, ante el cual la lectura, que tiene el poder de la transubstanciación, puede convertir lo revelado en realización de valores, en condición humana.

¿Y la máscara? Quién sabe si en alguna medida seguirá allí, pero ahora de seguro más desvaída y atemperada en su falsedad y portadora de un sentido muy similar al que tan bella y certeramente apresa en sus versos, la cubana Fina García Marruz:

No mira Dios al que tú sabes que eres / —la luz es ilusión, también locura
/ sino la imagen tuya que prefiere / que lo que amas torna valedera / y
puesto que es así solo procura / que tu máscara sea verdadera.

¿Extinción o transfiguración del lector? Tercer Seminario Lectura: pasado, presente y futuro. La edición consta de 300 ejemplares. Cuidado de la edición, Zindy Elizabeth Rodríguez Tamayo. Formación editorial, Mario Ocampo Chávez. Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas. Fue impreso en papel cultural ahuesado de 90 gr. en Producciones Editoriales Nueva Visión, ubicados en Juan A. Mateos número 20, Col. Obrera, México D.F. Se terminó de imprimir en el mes de abril de 2008.